

**RANDALL COLLINS (2004) *Interaction Ritual Chains*. Princeton y Oxford. Princeton University Press, 2004.**

Este libro culmina varias décadas de investigación sociológica al tiempo fiel al pensamiento social clásico y heterodoxa respecto a las escuelas más difundidas —véanse, como antecedente, los textos de Collins recogidos en T. González De la fe (coor.) *Sociología: unidad y diversidad*. CSIC 1991. La sociología nunca ha superado su escindido origen y en cada debate resucitan los herederos de la querrela entre voluntaristas y organicistas, individualistas y colectivistas, agencialistas y estructuralistas, racionalistas y normativistas, etc. Collins ofrece aquí una alternativa que reta a nuestra imaginación sociológica a superar esa esterilizante fractura.

Su punto de partida es que la clave explicativa de la vida social debe ser microsociológica y su objeto *la situación*, no «la sociedad» o el individuo —cuyo «modelo» correcto es otra fuente de disputas irresolubles—. Collins vindica la tesis de Durkheim de que las variaciones en los rituales de integración social producen diferencias en las creencias y las pautas de membrecía, pero añade que el proceso clave no ocurre a nivel de «sociedades» sino en la participación —local, estratificada, conflictiva, efímera— en interacciones cara a cara, como ya destacase Goffman. Cuando la interacción social es tan próxima y estrecha que los sistemas nerviosos de los actores se sincronizan y armonizan en ritmos y anticipaciones mutuas (por la atención recíproca y automática a sus emisiones bioquímicas, su lenguaje no verbal, su prosodia, etc.) produce símbolos y los moraliza emotivamente. Con esta tesis Collins se reconoce heredero del interaccionismo simbólico, la etnometodología, el constructivismo social y la sociología de las emociones. El conjunto de su libro

expone las consecuencias y oportunidades metodológicas derivadas de este planteamiento.

Para una «microsociología constructivista radical», entre la mayor y más compleja estructura social y los rasgos más personales de la vida individual existen básicamente diferencias de escala —espaciotemporal y de cantidad de materia, energía, individuos e información involucrados— y ambos son construidos en y por idéntico tipo de hecho social: el «ritual de interacción» (RI). Credos, sistemas económicos y de clases, redes de creación cultural, burocracias seculares o religiosas, estados y dinámicas geoestratégicas, o el carácter, la cognición, la emotividad, la identidad y la moralidad personales son efectos del trazado vital, individual o colectivo, que forman las cadenas de RI. Sólo situaciones infra-pautadas, las más inusitadas y anómicas, se sitúan en los límites de su alcance.

Aquí, la agencia no es la caja negra de unas preferencias individuales supuestas y en los límites y fallos de su racionalidad, o un conformismo o gregarismo primario; y la estructura no es omnímoda e inhumana. Agencia y estructura, estabilidad y cambio social y cultural, o el conjunto de reglas y sentidos imputados provisionalmente a una situación son efecto de las propiedades motivacionales emergentes de los RI que forman la vida humana. Ya que a causa de límites cognitivos intrínsecos el orden social no puede basarse en un acuerdo racional consciente, debe hacerlo en prácticas que permitan *eludir* el reconocimiento de su arbitrariedad. La etnometodología mostró esto con sus experimentos de *breaching*: cuando la gente se ve obligada a reconocer que están construyendo tácitamente mundos sociales —convencionales y arbitrarios—

y no reaccionando a un mundo objetivo, expresan intensas emociones negativas: que van de la ansiedad a la rabia. La regla de oro de todo RI es evitarlo a toda costa.

Los RI son situaciones de copresencia física que demarcan a los participantes de los demás y que varían conforme a dos dimensiones mayores: el grado de coincidencia de los participantes en su foco de atención compartido y la intensidad del *eslabonamiento* (*entrainment*) emocional que surja entre ellos. El efecto de un RI depende del éxito de la micro-sincronización de miradas y ritmos y modos vocales y gestuales de los actores, accesibles empíricamente a la escala precisa de fracciones de segundo mediante grabaciones audiovisuales. En todo RI los actores se constriñen entre sí (a conformarse, disentir, o rehusar) porque hay algo que *valoran* (algo «sacro») en la situación. (Es ésta la que crea esa sacralidad: si el ritual no se repite con éxito, se desvanece pronto). La coordinación rítmica es el primer paso de la socialización infantil, el primer RI de producción de empatía entre bebé y adultos; su deficiencia o ruptura se interpretan en todas partes como prueba de falta de voluntad o incapacidad para mantener un vínculo solidario.

Las acciones y reacciones de los participantes pueden documentarse empíricamente y también deben serlo el *atrezzo*, la escenografía y la coreografía de la situación. Por su medio se identifican los miembros del grupo de interés, demarcan la frontera con los demás y enfocan su emotividad exacerbada sobre un objeto simbólico —un objeto sacro, un adversario, el contenido de un discurso, un suceso, una broma, etc.—. De su efectividad emotiva y simbólica depende el éxito del RI. Éste se mide por la cantidad y calidad obtenidas de solidaridad colectiva y sentimiento de pertenencia grupal, de compromiso con los símbolos comunes, de energía emocional personal y de

sentimiento de compromiso moral para sancionar actos impropios de miembros y gentiles. Estas variables pueden documentarse en términos de los recursos temporales, materiales y simbólicos que los participantes invierten en mantener viva la emocionalidad del RI y en sostener las condiciones para su repetición. Los datos pueden obtenerse de distintos métodos, desde la participación etnográfica hasta la encuesta convencional —y su calidad variará según las ventajas y limitaciones bien conocidas de cada uno de ellos—.

Los RI reúnen a quienes buscan aumentar la emoción social básica que Collins llama *energía emocional* (EE). Los RI transmutan unos ingredientes emocionales y simbólicos en otros: los participantes pueden sentirse fuertes, seguros y deseosos de tomar iniciativas, o lo contrario si el RI los estigmatiza o excluye; su poder *motivacional* proviene de la confianza, consciente o no, en el respaldo que la membrecía grupal (estatus intra-grupo y rango del grupo en la estructura social) confiere a la propia posición y a sus actos. Las emociones pasajeras intensas se consolidan en estados de ánimo duraderos a tenor de la medida en que los resultados de un RI permiten seleccionar y dirigir el próximo. La EE se acumula en recuerdos, ideas, creencias y símbolos, y se recicla en redes conversacionales, en el diálogo interior y en ulteriores cadenas de RI. A mayor identificación personal con los símbolos del grupo, mayor pervivencia individual de la memoria simbólica y del sentimiento de pertenecer a él. De este modo los RI crean, refuerzan, critican y destruyen culturas.

La EE es detectable y medible por métodos usuales en la psicología social —desde el análisis postural o del discurso a baterías de *test* de emotividad ordinarios— y puede ser predecible por análisis sociométricos mejorados de la dinámica estratificada de los RI. La vida

personal y social gira en torno a la diferencia entre RI atractivos y eficaces en generar emoción, motivación y carga simbólica y otros que no reverberan emocionalmente y, por tanto, suscitan indiferencia o repulsión. Los RI son el mecanismo de construcción social de la realidad. Los individuos van a ellos atraídos o impelidos por la ocasión de *consagrar* como real una definición de sí mismos, sus relaciones y creencias que favorezca sus oportunidades futuras. Ésta no es una elección racional en términos de coste-beneficio —raro en situaciones comunes, ambivalentes, imprecisas, inciertas, con información limitada y llenas de dilemas tácticos y temporales, y para el que estamos poco dotados— sino fruto de la propensión individual a derivar intuitivamente hacia los RI que ofrezcan al participante un lugar más central y mayor gratificación de su competencia específica como agente emocional.

Esta tesis permite sustituir los modelos *paramétricos* de la elección racional por otros más realistas donde la frecuente a-racionalidad situacional deriva de la simple operación *ordinal* de seleccionar la opción más atractiva del horizonte de oportunidades percibido. A medio plazo, esa práctica remeda una estrategia racional y, en cada caso, su resultado parece «óptimo» para la trayectoria realizada (*path-dependency*). También explica conductas anómalas para la teoría de la elección racional como el altruismo, predecible por su correlación con el nivel de intensidad ritual de un grupo: máxima entre sus miembros; menor cuando se da algo a no-miembros (tiempo o dinero, lo que resulte menos costoso, y *nunca poder*, asevera Collins, salvo se trate de un gambito para ganar más poder).

Con quién y con qué intensidad se interactúa depende de las oportunidades estructurales de encuentro y de lo que se ofrezca (EE, símbolos) para atraer a otro

a un RI dado. Las diferencias individuales crean una estructura motivacional de mercado: mercados de interacción que causan la variación de la carga emocional de los símbolos que circulan por las cadenas de RI y crean las condiciones sociales de los mercados materiales: motivación para trabajar o invertir, capital humano de relaciones o conocimientos y confianza. A su vez, estos otros mercados aportan a los RI sus ingredientes materiales.

A medio plazo, la mecánica de ambos mercados y su combinación producen desigualdades difíciles de revertir. Los RI estratificados por poder-estatus infunden entusiasmo, amor propio, confianza e iniciativa a unos y tristeza, vergüenza, inseguridad y bloqueo mental y emocional a otros, según el grado de control o sintonía que experimentan en ellos. Los individuos de alta EE y/o con símbolos muy valorados por muchos grupos puede obtener mayores beneficios para su inversión porque pueden elegir entre múltiples cadenas de RI, están insertos en muchas redes que les informan de sus ventajas respectivas y se sienten poco ligados a ellas; lo opuesto a los pobres en símbolos y/o EE, cuya mejor estrategia es la lealtad a sus escasos grupos-redes de apoyo.

Poder y privilegio no serían, pues, un mero asunto de desigualdad de recursos materiales y culturales sino de cadenas de RI, que dictan quién aumenta o disminuye su EE, quien ostenta o acata el dominio (liderazgo, popularidad, innovación, agresividad, etc.) y quién es admitido o excluido de un grupo (que confiere reconocimiento, prestigio o popularidad); son el crisol de la subjetividad y la intersubjetividad. Unos grupos —internamente estratificados— tienen más recursos, mejores símbolos y más solidaridad que otros y prevalecen sobre estos en las dinámicas de dominación y explotación.

Esta es la visión teórica de la obra, aplicada luego al estudio empírico del

sexo, la estratificación social, el consumo de tabaco y la aparición y modalidades del individualismo.

Las cadenas de RI sexuales son un mecanismo que forja estrechas alianzas personales —o, si el foco no es mutuo, reputaciones en los mercados de sexo recreativo—. Su estudio puede usar con cautela crítica desde datos de encuesta hasta fuentes histórico-literarias para explicar cómo diferentes tipos de relaciones amorosas y sexuales y de hábitos y modas eróticas (entendidos como micro-RI enfocados sobre diversas partes del cuerpo, el acto mismo y/o sus participantes o sobre su efecto en sus personas, personalidades y reputaciones) derivan de cambios en los mercados materiales y matrimoniales y crean a su vez nuevas arenas, como las formas puramente actuales y occidentales de homosexualidad.

La estratificación en términos de clase, prestigio y poder se redibuja como efecto de RI cotidianos que instituyen jerarquías. Collins critica el tradicional estatus superior que se concede a los datos de encuesta; para él, los datos micro-situacionales son más inmediatos y ricos. Los estudios socio-etnográficos son aún fragmentarios y hace falta un muestreo sistemático de la distribución de las experiencias cotidianas, pero los estudios disponibles permiten fundar un amplio pluralismo metodológico. Collins propone estudiar las clases sociales con menos estadísticas de ingresos y posesión patrimonial y más etnografía sociométrica de los *circuitos de Zelizer* donde se recirculan los activos —redes estratificadas, local y temporalmente circunscritas, como los mercados de financieros, inversores, empresarios, famosos, empleados legales, ilegales, marginados, etc.—. De otro lado, propone una reconstrucción histórica de los grupos de estatus para mostrar que son categoriales o situacionales según los RI dominantes generen identidades de rango o más bien

reputaciones personales. La observación etnográfica también documenta la distinción entre poder deferencial (legitimidad de ordenar) y efectivo (capacidad de ser obedecido y de lograr el fin perseguido), cuyo grado de coincidencia es muy variable y cuya medida cuantitativa debería ser multi-dimensional y pluri-situacional.

La sociología histórica de los usos rituales del tabaco sirve a Collins para ilustrar el paso reciente del dominio de RI formales y categoriales a RI situacionales y reputacionales de informalidad obligatoria. En poco tiempo fumar ha pasado de ser un RI de grupos prestigiosos (varones con clase) a ser estigmatizado, y no a causa de ninguna información científica. El análisis muestra que, sin negar su efecto físico neto, la experiencia de ingerir una sustancia está socialmente construida, y que sus usos y prestigio se dirime en disputas sobre la señalización del rango y el prestigio moral de distintos grupos de estatus.

Por último, Collins desarrolla su propuesta metodológica más audaz, una macro-historia de los tipos de personalidad. La subjetividad puede ser objeto de análisis sociológico. Puede partirse de la *comparación* de informes de *introspección* elaborados en condiciones diversas y de verbalizaciones espontáneas como la conversación en curso de internalización de niños o de adultos en proceso de (re)socialización o como dramatizaciones de futuros usos conversacionales (interjecciones o sonidos significantes en presencia de otros, etc.) En el extremo opuesto —como expuso en su recién traducida *Sociología de las filosofías*—, el pensamiento intelectual escrito permite comparar sincrónicamente la estructura interna (textual) con la externa (redes sociales) y, diacrónicamente, la conexión entre ambas en el curso de producción de notas de lectura, apuntes, esbozos, borradores y textos definitivos.

Los estilos típico-ideales de pensamiento, personales y colectivos, varían según la época vital o histórica, y se expresan verbal, icónica, kinésicamente, etc., con grados de articulación y complejidad diversos. Las características de la microinteracción pueden describirse mediante variables *históricas* documentables. Otros métodos viables y útiles podrían ser también la asociación libre, el análisis de sueños, las historias de vida, etc., al margen de sus teorías psicológicas o sociológicas de origen. Los tipos de individuos y los individuos concretos son pues construcciones históricas, efecto de condiciones ecológicas que enmarcan nuestra naturaleza EE-trópica. Los tipos de personalidad derivan de procesos sociales actuados en las cadenas de RI (en especial, sus efectos locales pero duraderos de estatus y poder). De ahí que, aunque una sociedad compleja tienda a pro-

ducir experiencias personales únicas, individualidad e individualismo no sean una singularidad moderna. Lo más peculiar de nuestro tiempo es más bien la ideología individualista que se desarrolla con la aparición de mercados culturales donde «la personalidad creativa e inconformista» deviene, simultáneamente, mercancía y medio de promoción.

La vida social es la realidad emergente del flujo encadenado de interacciones rituales, tal como es vivida y tal como es observable. La teoría de los RI abre un abanico de oportunidades metodológicas, desde la documentación de significantes variaciones corporales inconscientes a escala de fracciones de segundo hasta algo así como una 'macrohistoria de lo micro-social', como hacía tiempo que no ocurría en el campo de los estudios sociales.

Juan Manuel Iranzo